

CIUDADANO HERIDO

de Rudy Spillman

La siguiente es una historia de ficción, pero en el fondo, su actualidad es tan notoria hoy como lo fue ayer. Aun guardo la esperanza de que en un mañana cercano, ésta como otras tantas similares, pueda verse convertida sólo en ficción.

Joshua es un joven israelí, como cualquiera. A sus 22 años de edad, ya ha vivido situaciones que muchos otros jóvenes pertenecientes a otras latitudes del planeta, quizás nunca deban vivir. Ha servido a su patria cumpliendo el servicio militar, formando parte del pelotón de los *Tsanjanim* (paracaidistas), arriesgando reiteradamente su vida, pero con la suerte que no todos sus compañeros han tenido, de resultar ileso y poder abrazar a sus padres y demás familiares, a su regreso, luego de finalizado ese largo período de tres años de servicio.

Joshua comparte un modesto pero cómodo y arreglado apartamento de propiedad de sus padres, junto con ellos y su hermana menor, en un distinguido barrio de Tel Aviv. Vive días de entusiasmo preparando el inicio de sus estudios en la universidad, a la vez que acompañado de su novia, Shalevet, ambos se preparan para deambular por el mundo de los bienes raíces en busca de su primer nido de amor, el que en sus comienzos deberá ser rentado pero que ellos saben que lo querrán y cuidarán como propio.

El sol introduce sus atrevidos rayos por la ventana de la habitación de Joshua. Afuera, el intenso verde de las copas de los árboles se esmera por imitar al sol, no logrando más que acercar sus frondosas hojas de venas abundantes en clorofila, hasta acariciar los cristales de la ventana, confundiendo su típico perfume con el amarillento brillo de los rayos depositados sobre su pupitre de estudio, mientras él, habiendo terminado de ducharse, empapa su cuerpo con la colonia elegida por su novia. Mirándose y acariciando su rostro minuciosamente como si examinara cada poro de su piel, frente al espejo empotrado en el lado interior de la puerta derecha del placar, observa que no le será necesario rasurarse, por lo que decide vestirse. En un poco más de media hora se encontrará con Shalevet en un conocido pub de la zona. Periódico en mano y luego de tomar algo juntos, irán a visitar varios apartamentos, con la idea de concretar esa hermosa etapa en sus vidas. Son casi las cinco de la tarde. Afuera, la visita anticipada de un frío día invernal. El cielo encapotado de un gris oscuro y amenazador alterna con el sol y sus rayos. Pero nadie sabe qué sucederá.

Como de costumbre, Joshua espera a su novia, ya sentado dentro del bar (pues el frío viento es cada vez más intenso), en una de esas típicas mesitas redondas diseñadas especialmente para *la intimidad de dos*. Le pide al camarero que tenga paciencia. No quiere todavía encargar la consumición, pues no atina a saber cuánto de impuntual será Shalevet. El lugar, adentro, se encuentra atestado de gente. El camarero asiente con una sonrisa y se retira, haciéndose paso entre la multitud, el bullicio de las voces, el humo de los cigarrillos y la calefacción natural proveniente del calor humano.

Afuera, unos metros más allá, justo en la esquina, se detiene en forma intempestiva y en lugar prohibido, un *taxi-monit*, el que acusa su sorpresiva llegada con el agudo chirrido de sus ya gastadas cubiertas. De su interior, desciende con ritmo pausado, como si cada instante de su vida le estuviera pidiendo autorización al siguiente para continuar

transcurriendo, un hombre, alto, corpulento, de indefinida edad debido a que su rostro apenas logra asomar por entre la maraña de cabellos y barba, los que parecen continuar creciendo ininterrumpidamente. Con lentitud propia de toda la dinámica de su ritmo, abona la tarifa al chofer, una vez hubo cerrado la puerta trasera del vehículo, con un billete de moneda americana que hubiese podido cubrir el costo de varios viajes más como aquel que acaba de efectuar. El hombre comienza a alejarse del taxi, dejando al chofer paralizado por unos momentos, por no recibir la succulenta suma que le correspondía en devolución, su vista perdida en la distancia, los billetes y monedas de la pretendida devolución cubriendo sus ampulosas manos, su rostro expresando interrogante y mil bocinazos detrás intentando devolver al conductor a la realidad cotidiana de una activa metrópoli como lo es Tel Aviv.

Joshua, que no ha perdido el aguzado sentido de atención y percepción adquirido durante el servicio militar, pega alternados vistazos entre los *avisos clasificados* que tiene frente a sus ojos sobre la mesa y la puerta de entrada al bar, por donde verá aparecer a su novia. Con su *birome* recuadra los avisos que le resultan de interés mientras, de tanto en tanto, y cada vez con más insistencia, deposita su impaciente vista en la enorme doble puerta de vidrio, enmarcada en aluminio pintado y acompañada a los costados por sendos ventanales de mayor tamaño aun, buscando siempre la aparición tardía pero segura de la figura de Shalevet, por entre las cabezas de la gente que todavía busca dónde ubicarse. El hombre avanza a paso lento pero seguro hacia la entrada al pub, donde Joshua espera a la novia. Lleva puesto un sobretodo que lo muestra más corpulento y obeso de lo que en realidad es. Y con la naturalidad innata de un actor, en sus movimientos, se dispone a ingresar al lugar, sin que aparezca un mínimo indicio de sus intenciones.

Joshua acaba de marcar en la página del diario doblado en cuatro, un apartamento ubicado a tan sólo doscientos metros de lo de sus padres. Aparentemente, las comodidades y condiciones del alquiler son muy atractivas, por lo que resulta muy probable que sea ese el hogar de la incipiente pareja. Y nuevamente levanta la vista hacia la puerta de entrada. Entonces lo ve entrar. Cubierto todo en esa oscura y desprolija prenda, ambas manos en los bolsillos, sus pelos y barbas mostrando parte del sudor de su frente a pesar de la temperatura invernal. Shalevet aparece justo detrás del extraño hombre, apurada y preocupada por su exagerada tardanza.

Joshua advierte de inmediato la situación. Se encuentra sentado en la última mesita ubicada en el fondo del salón. Se pone de pie. El periódico y la *birome* caen al suelo junto con la mesita. Extendiendo su brazo hacia ella, grita: ¡¡¡Shalevet... nooooooooooooo!!! Ella casi empuja inadvertidamente al extraño hombre de parsimoniosos movimientos, en la intención por llegar a su novio, acortando en apenas unos segundos la demora. Y lo ve diciendo que no con su boca, con sus brazos. Con todo su cuerpo, Joshua le dice que no. Unos segundos después, la imagen es desoladora. Se hace innecesaria toda descripción. Los gritos... los llantos... el sonido de las ambulancias se van desvaneciendo con el humo. En cuestión de horas todo volverá a su lugar, a estar como antes. Salvo por los daños materiales, que por un tiempo más prolongado, quedarán de testigos mudos de lo que allí aconteció.

En los últimos tiempos, Joshua había adquirido una adicción. Se dirigía al pequeño aparato televisor ubicado en el desordenado salón de su apartamento. Lo encendía, casi compulsivamente, apretando el botón del control remoto como si su intención fuese perforarlo y echaba su pesado cuerpo sobre el sofá de ya vencidos resortes. Una

seguidilla de noticieros periodísticos inundaban su arto machacada conciencia, trayéndole noticias que él sabía que no lo eran tanto. En ese horario, las 7 de la tarde, los programas periodísticos exhibiendo las noticias nacionales e internacionales del día, se sucedían de manera casi histérica. Pero este caudal informativo (o desinformativo) que dolía en sus sienes no era suficiente para Joshua. Él continuaba esta obsesión y no perdía oportunidad para observar y escuchar atentamente las noticias ofrecidas en otros horarios y de canales pertenecientes a otros países. Hasta que un día advirtió que no hacía más que escuchar y ver veinte veces al día, la misma cosa. Entonces interrumpió su compulsiva actitud.

Pero transcurridos algunos días, Joshua experimenta algo más curioso aun. Mientras realiza los diarios ejercicios de fisioterapia en su habitación, empieza a escuchar la conocida música de uno de aquellos programas periodísticos que acostumbraba ver, proveniente del televisor del salón. Tentado por una adicción que parece no haber superado, corre de inmediato en busca de la pantalla. Queda atrapado por las imágenes. Sufre y se conmueve con las noticias. Y todo vuelve a empezar. Pero cuando ya casi finaliza la transmisión, advierte que el aparato video con un casete dentro, ha estado transmitiendo noticias atrasadas, grabadas con anterioridad. Pero lo que ocurre en ese preciso momento no es en vano. Así Joshua puede advertir que los acontecimientos que venían sucediendo en Medio Oriente eran siempre los mismos. Las tristes imágenes que se imprimían diariamente en las retinas de todo televidente eran siempre las mismas. Solo cambiaban los lugares donde explotaban las bombas (quizás también la cantidad y calidad de material explosivo utilizado) o variaban los nombres de las organizaciones que se adjudicaban los hechos. Pero allí estaban, siempre las mismas imágenes. Las mismas ambulancias. Idénticos hospitales. Repetidos sepelios. Siempre la misma desesperación, sentida por nombres y apellidos diferentes cada vez. Los mismos políticos diciendo las mismas cosas.

La sensación de Joshua es apocalíptica: que todo continuará igual hasta el final de nuestros días. Pero es sólo una sensación.

Hace un intento por salir mentalmente del lugar de la escena, olvidarse que él es un ciudadano israelí y judío, para poder abordar el tema sin fanatismos y con la mayor objetividad posible. Sabe que esto será muy difícil de lograr. Pero a su juicio, vale la pena el intento.

Lo primero que viene a su agotada mente es un extenso interrogante (tan largo, que le sugiere la intención de la propia pregunta, de ser olvidada aun antes de terminar de ser formulada) que se hace a sí mismo, pero que sabe que no estará en condiciones de poder contestar:

-¿Qué turbios, inmorales y escondidos intereses existen, y por parte de quienes (me refiero a toda la comunidad internacional), para mantener durante tanto tiempo en creciente y constante flagelo a dos pueblos (quiero creer, en su mayoría inocentes), cuando, por lo menos una parte del problema, quizás para muchos no la más importante, pero sí la más urgente de resolver, esto es la constante pérdida injustificada de vidas inocentes por ambas partes, podría ser entendida y resuelta en forma inmediata hasta por la mente de un niño, con la sola condición de contar con buenas intenciones?-

Se queda pensativo. Aturdido por su propia pregunta. Pensando que quizás, la respuesta a la misma no le llegará jamás.

Agotado de preocupaciones, Joshua recibe unas cortas vacaciones. Decide entonces emprender un largo viaje intentando pasar su descanso en otro planeta. Como eso es

todavía imposible pero cuenta con suficiente dinero, decide alocadamente embarcarse en trenes, barcos, aviones. Todo tipo de transporte, con tal de alejarse, aunque no sabe de dónde. Como un loco se pasa varios días viajando pero sin saber adónde. Y solicita de los empleados de las cajas que le venden los pasajes, que no le revelen los lugares de destino. Esta actitud le crea no pocos problemas. Interrogatorios e investigaciones hasta que todo les queda claro. Las intenciones de Joshua no son subversivas.

Finalmente llega a una ciudad montado en una bicicleta. No tiene ni la menor idea de dónde la ha obtenido y esto lo intranquiliza un poco. De la ciudad no sabe siquiera su nombre. No ve carteles ni medios de transporte. La construcción de sus edificios parece muy moderna, salvo por sus calles. Son todas de tierra. Se encuentra en una ciudad sin asfalto. Y sin gente. A escasos metros, un sendero también de tierra lleva su vista a perderse en el horizonte. Casi al final del camino, un niño de pie parece observarlo. No está seguro debido a la distancia. Decide encaminarse hacia él abandonando la bicicleta allí mismo donde se encuentra. Cuando llega, advierte que el rostro del niño muestra una extraña expresión de *“no necesitar nada”*. Y le sonríe. Él le devuelve la sonrisa a la vez que le pregunta:

-¿Cómo te llamas?-

-No sé... ¿qué importa?-

le contesta el muchacho, encogiéndose de hombros y torciendo su cabecita hacia un costado.

-¿Qué haces aquí?-

especula Joshua, intentando sacar conversación hasta poder abordar el tema que le interesa.

-Estoy charlando contigo-

contesta el niño con inocencia.

-Ahhh...¿Tienes amigos?-

-A veces. No solo depende de mí -

-Claro, claro. Y suponte que te peleas con tu amigo durante muchos, muchos años. ¿Qué harías si deseas hacer las paces?-

-Primero debo saber por que motivo nos peleamos-

-Digamos que él te ha quitado algo que te pertenece...-

-Pues que me lo devuelva y se acabó el problema-

-Sí, claro. Pero las cosas se han complicado. El quiere devolverte lo que te pertenece, pero... han pasado muchos años y... tiene miedo que utilices eso que te pertenece en su contra, para lastimarlo. ¡Él ya no te tiene confianza!-

-Pues si no confía en mí, que él siga su camino y yo el mío. No necesitamos ser amigos. Que todo siga igual que hasta ahora-

Joshua queda pensativo. La simplicidad de los argumentos del niño sin nombre lo dejan aturdido. No sabe bien de que manera exponerle su dilema. Al final, encuentra la forma y se anima:

-Pero las cosas se han complicado más aún. Tú tienes ahora miles de amigos muy enojados porque tu ex amigo te ha quitado lo que te pertenece. Y él tiene miles de amigos que no quieren que él te devuelva lo que te ha quitado. Les parece muy peligroso. Y se están peleando. Tus amigos y sus amigos. Y todos los días se están lastimando. Y hasta hay heridos en ambos bandos. Nadie quiere ceder ¿Cómo resolverías tú este problema?-

El niño observa a Joshua con detenimiento, abre sus ojos bien grandes y le dice, muy seguro de sí mismo:

-Yo nunca peleo. No me gusta pelear y nunca tendría amigos que pelearan, aunque sea para defenderme a mí-

Joshua se queda mirándolo por unos segundos y luego le pregunta:

-¿Entonces dejarías que gane el que era tu amigo? ¿Así, sin más?-

El niño... o muchacho (porque a esta altura de la conversación no le queda bien claro a Joshua si era lo uno o lo otro), lo mira en forma extraña, como comprendiendo que no comprendiera, y agrega con pausada seguridad:

-Yo les diría a todos que dejen de pelear. Eso es lo más importante de todo. Después, nos podemos sentar a hablar. Nosotros nos peleamos al principio, por la bronca que sentimos en ese momento. Pero cuando nos tranquilizamos y empezamos a conversar, ahí es cuando se arreglan los asuntos. Siempre pasa así. Nunca hemos arreglado nada peleando. Al contrario, nos lastimamos. ¿Para qué? Si al final todo se arregla hablando. No hay otra manera. Tarde o temprano, esa es la única manera-

De pronto se detiene, frunce el cejo mutando su mirada en curiosidad y con la naturalidad propia del ser auténtico, le pregunta a Joshua:

-Ahora dime, ¿qué es lo que me sacó ese amigo que yo tenía y que era mío?-

Joshua sonríe y acaricia su cabeza mientras intenta explicarle que se trata de una suposición. Pero al poner la palma de su mano en contacto con el cabello del niño, percibe la misma cosquilla energética que solía llamar la atención de la gente cuando de pequeño él mostraba de qué extraña manera su cabello se adhería a la palma de su mano como atraído por una fuerza que lo parecía succionar, cuando en alguna fiesta familiar frente a un numeroso auditorio exhibía dicha prueba alentado por sus padres. Los cabellos del niño sin nombre quedan involuntariamente atrapados en su mano,, y Joshua despierta sobresaltado.

Después de unas horas de sueño, producto de la anestesia, Joshua consigue abrir los ojos y con la lentitud propia de su estado, descubre que se encuentra en el Departamento de Cuidados Intensivos del Hospital de Tel Ashomer, en Tel Aviv. Luego de una minuciosa inspección visual en el lugar donde se encuentra y verse rodeado de tubos y caños que entran y salen de su cuerpo, recuerda lo ocurrido y que lo ha llevado al nosocomio donde se encuentra. Escucha el ruido de aparatos electrónicos. Ve ingresar a uno de los médicos. Al abrirse la puerta alcanza a escuchar el quejoso murmullo de la gente desesperada, proveniente de los corredores del hospital. El cirujano cierra la puerta de la habitación y se acerca a él. Joshua se alegra al ser informado que sólo debieron amputarle su pierna izquierda. Pero lo embarga una tristeza eterna cuando se entera que el atentado suicida también le ha amputado su Shalevet. Su vida, habrá cambiado para siempre. En ese mismo momento recuerda a su amigo, el niño sin nombre, y no puede hacer otra cosa que ponerse a llorar.

*"La única guerra que debiera existir es la que libramos con nosotros mismos.
Si venciéramos, evitaríamos todas las demás."*

<http://libroabierto.rudyspillman.blogspot.com>